

# LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 12 de Setiembre de 1889

<p><b>Precios de Suscripcion.</b> Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.</p>	<p><b>REDACCION Y ADMINISTRACION</b> Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal. <b>SE PUBLICA LOS JUEVES</b></p>	<p><b>Puntos de Suscripcion</b> En Lérida, Mayo 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.</p>
--	---	---

SUMARIO.—La paciencia.—Ser feliz.—Pensamientos.

## LA PACIENCIA

Esta virtud, (segun el Diccionario de la lengua) "nos enseña á sufrir y tolerar los infortunios y trabajos en las ocasiones que irritan ó conmueven, es el sufrimiento y tolerancia en las adversidades, penas y dolores, es la espera y el sosiego en las cosas que se desean mucho."

Hé aquí una virtud, que casi es desconocida en la tierra, pues aunque muchos parecen que viven resignados y conformes con su destino más ó menos adverso, se cumple en ellos el adagio: "que á la fuerza ahorcan, y quedan bien ahorcados." Una cosa es considerarse impotente para luchar con la adversidad, y otra el sonreír en medio del infortunio, sin misticismo, sin exageracion, sin alterar las leyes naturales, conservando una perfecta serenidad en las grandes tribulaciones de la vida, en la paciencia hay racionalismo, ó idiotismo, es una virtud que aun no está bien definida.

No hace mucho tiempo, que salí una tarde para un pueblo cercano, y al llegar á la estación de Gracia, tuvimos que esperar cerca de media hora á que pasara el tren ascendente, nos sentamos, nos pusimos á leer como de costumbre, cuando oímos una voz agradable que nos decía:

—¿Tambien ha hecho usted tarde como yo?

Levantamos la cabeza y vimos á una mujer del pueblo que contaria probablemente 60 inviernos, delgadita, con ojos pequeños pero vivos, chispeantes, muy expresivos, sonrisa benévola y frente serena coronada de cabellos grises cuidadosamente peinados; su traje era pobre, pero muy limpio.

Sin saber por qué, la miramos atentamente, y encontramos en su rostro algo simpático que nos agradó y nos atrajo hasta el punto que dejamos de leer para hablar con aquella mujer que se expresaba en buen castellano.

Hablamos de cosas indiferentes y por último recayó la conversacion en la conveniencia de tener mas ó menos familia.

—Sabe V. lo que yo creo mas conveniente? dijo nuestra interlocutora; tomar con paciencia las penas de la vida, y venga lo que viniere.

—Pues no pide V. poco, ¿tener paciencia! ¿y quién la tiene en este mundo?

—El que la quiere tener: mire V.; yo la tengo; la he tenido y confio que la tendré: y no crea V. que tengo motivos para tener acopio de paciencia, porque he pa-

sado muchas penas, y tanto vá el cantarillo á la fuente hasta que se rompe.

—Pues nadie diría que V. ha sufrido, porque su semblante revela perfecta tranquilidad.

—¡Ah! es que yo vivo muy tranquila; mas no por eso he dejado de sufrir todo cuanto hay que padecer en el mundo. A los tres años perdí á mi padre, á los once á mi madre, á los 15 me casé, á los 22 ya estaba viuda y con tres hijos que parecían tres soles: me casé por segunda vez, y hace mas de veinte años que perdí á mi marido y á seis hijos, total 9 muertos, contando mis dos maridos y mi madre, porque la muerte de mi padre por mi corta edad no pude sentirla. Ya ve V. si mi paciencia ha sido puesta á prueba, y para que no me quedara nada que perder, trabajando de dia y de noche, conseguí ahorrar 400 duros, que los puse en una empresa de ferro-carriles, quebró la compañía, y ¡adios! mis 400 duros, fruto de mi trabajo y de mis privaciones.

Otras compañeras que tambien habian puesto allí sus economías se desesperaron, dos cayeron malas y una hasta se murió del disgusto; yo no; pues aunque al saber la pérdida lo sentí, como es natural, en seguida me hice la cuenta siguiente:

No lo he perdido todo; me queda un banquero que me guarda un gran capital: ¡me queda Dios! que no me dejará perecer pues que me da salud y deseos de trabajar, y el que quiere trabajar antes se juntará el cielo con la tierra que él se quede sin comer.

—Tiene V. talento práctico para vivir.

—Yo no sé lo que tengo; lo que sí le puedo asegurar es que no conozco la envidia, miro á los ricos que viven en la abundancia y digo: cuando lo disfrutan, lo merecerán, porque Dios no puede dar á uno lo que quite á otro, eso se queda bueno para los hombres, no para el rey de los cielos: si ellos disfrutan de lo suyo, ¿por qué he de desear yo lo que no me pertenece? Que soy pobre, es verdad; que si no trabajo no como, es muy cierto; pero tengo salud y buena voluntad y ningun dia he dejado de probar la gracia de Dios. ¿Quiere V. mas felicidad cuando hay centenares de infelices que se mueren de hambre poco á poco?

Que hay madres que se ven renacer en sus hijos, florecer en sus nietos, y yo me he secado como árbol quemado sin echar retoños; esto es triste... pero.... ¿qué le hemos de hacer?... todavía hay otros mas desgraciados que están en un asilo de mendicidad, ó rodando por las calles implorando caridad, y yo siquiera, siempre tengo de sobra donde ir á trabajar, y de noche me voy á mi cuartito, me acuesto en mi buena cama, sé que al otro dia no me quedaré sin comer, no me remuerde la conciencia de haberle hecho daño á nadie, y vivo sin envidiar y sin ser envidiada, que á mi modo de ver, es la única felicidad que se goza en este mundo.

— Veo que comprende V. la gran filosofía, y admiro su buen criterio.

—Yo no sé si sé pensar, pero sí le diré que me fijo mucho en todo lo que veo; en mi larga vida, que ya soy muy vieja, he conocido á mucha gente, porque mi oficio primitivo fué planchadora, despues me dediqué á la cocina, y voy á muchas casas de los grandes los dias que tienen convite, ó se van de temporada al campo y en las fiestas de mayor solemnidad, y si viera V. cuánto se vé en esas casas!... cuántas señoras, momentos antes de llegar los convidados, no saben como hacerlo para ocultar sus penas, y lloran por los rincones unas con motivo sobrado, y otras por envidiosas, porque no pueden estrenar un vestido mejor que el de fulanita ó menganita! he visto tantos sustos, tantas agonías entre esas personas que el mundo llama felices, que francamente, en comparación de ellas, mas de una vez me he considerado dichosa, porque he tenido tranquila mi conciencia, y no he desconfiado nunca de la justicia de Dios.

—Ya tiene V. razón en creerse feliz.

—Sí señora que lo soy, porque gracias á Dios nunca me he desesperado en medio de mi desgracia, y he tenido paciencia para sufrir, porque he comprendido que nadie tiene más que lo que se merece, y que todos podemos ser felices si queremos serlo.

—Es cierto, ciertísimo.

—Vaya si lo es, la prueba la tengo en mí, que á pesar de la orfandad en la niñez, de haber formado dos veces familia y haberla perdido, tener que trabajar para vivir, sin disfrutar de ninguna diversión, sin ir á ninguna parte, únicamente de mi casa al trabajo, y de este á descansar, no me conceptuo por esto desgraciada, veo que todos sufren, que todos padecen, unos más, otros menos, y que los mas envidiados suelen ser los que tienen más tribulaciones, siendo condicion de esta vida el sufrimiento. ¿Por qué desesperarse? ¿Por qué oponerse á la ley cuando una sabe que esto no ha de durar siempre, que al fin nos hemos de morir, y que Dios nos dará el descanso eterno?

—Cuántos que pasan por entendidos y por filósofos quisieran tener el buen sentido que V. posee.

—Yo no sé si soy tonta ó discreta, lo que le puedo asegurar es que no me quejo de mi suerte, y que todas las noches cuando me acuesto, no me asusta la idea de la muerte, porque estoy segura que nadie me maldecirá cuando me muera. Vaya, buenas tardes, me alegraré de volverla á encontrar.

—Yo tambien, porque he aprendido hablando con V., y estrechando la mano de la anciana subimos al coche que nos condujo al lugar que deseábamos.

Desde aquella tarde, vive en nuestra memoria el recuerdo de la noble anciana que sin ser espiritista, comprende perfectamente la ley de la vida, y reconoce en Dios le que muchos sábios se obstinan en no reconocer: su estricta justicia.

¡Qué espíritu de tan buen sentido el de aquella anciana! qué tranquilidad en su frente! ¡qué alegría tan pura en sus ojos! ¡qué espresion tan agradable la de su rostro! así debíamos vivir todos los que comprendemos el espiritismo; la paciencia se confunde muy á menudo con el fanatismo, que tambien entre los espiritistas hay fanáticos que creen buenamente que se han de cruzar de brazos ante las pruebas de la vida, sin permitirse el justo desahogo de exhalar una queja, ahogando el sentimiento que es la palpitation de la vida. ¿Para qué entonces la razon del hombre, si no le sirve para apreciar los dolores de su expiacion? una cosa es exasperarse y decir que Dios es injusto, y otra lamentar el atraso en que hemos vivido, que nos obliga á sufrir tantas penalidades; la verdadera paciencia es tolerar los infortunios sin llegar á la desesperacion, es esperar con sosiego lo que mas se desea, pero de esto á ocultar el llanto, á reprimir la queja, á no dar expansion al sufrimiento, hay una distancia inmensa.

Nadie puede practicar mejor la paciencia, que aquel que sabe que cuanto sufre es consecuencia de sus actos; conociendo la causa, no puede culpar ni á Dios ni á su destino, pero tieno derecho para culparse á sí, y hasta un deber sagrado le impone reconvenirse, pidiéndose cuenta de sus hechos anteriores.

La paciencia no debe ser una virtud pasiva, sinó activa, se debe emplear en un trabajo lento y continuado, é indudablemente es la virtud que mejor puede practicar el espiritista racionalista.

La paciencia, no es la impotencia encadenada á la fatalidad, es el trabajo perseverante y metodizado, y en los sufrimientos y tribulaciones, no es dominarse hasta el sacrificio, truncando las leyes de la naturaleza; no es cerrar la fuente de las lágrimas que son la evaporacion del sentimiento, El llanto del alma no es la es-

presion de la rebeldía del espíritu, es el justo tributo rendido á la memoria de los séres que se van antes que nosotros.

El hombre para vivir en la tierra necesita familia, amigos, almas simpáticas que comprendan la suya, y cuando pierde alguno de esos elementos que le ayudan á vivir, necesariamente tiene que languidecer, y el verdadero espiritista, el que conoce que solo de él depende la felicidad de su porvenir, emplea su paciencia en trabajar sin impaciencia confiando como la anciana, (cuyo relato hemos referido) en la estricta justicia de Dios.

Uno de nuestros grandes defectos ha sido nuestra impaciencia, siempre hemos adelantado las horas y los acontecimientos; solo el estudio del espiritismo nos ha hecho conocer la verdad del antiguo adagio, que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y hemos comenzado á tener paciencia trabajando en nuestro progreso, sin aspirar á inmediata recompensa.

La paciencia es una virtud, quizá, y sin quizá, la mas necesaria para el adelanto del espíritu; esperar con sosiego es vivir, es trabajar, meditar, analizar, buscar el porque de las cosas, y el estudio del espiritismo nos induce indudablemente á tener calma, porque mientras mas largo se presenta el plazo de la vida, mas esperanza hay de rehabilitacion y de felicidad; y como las comunicaciones de los espíritus nos manifiestan que la eternidad es nuestro patrimonio, el mas impaciente, el mas descontentadizo, el mas exigente ha de reflexionar y decir: ¡tengo tiempo!... ¡nada tengo perdido, todo lo puedo recuperar!..... y de creerse desheredado, á considerarse dueño de una gran fortuna, hay la misma distancia que del todo á la nada.

¡Bendita la hora que comenzamos el estudio del espiritismo! por él hemos alcanzado á tener paciencia, y creemos firmemente que cuando lleguemos á comprender el valor inmenso de esa virtud, (quizá la primera entre todas las virtudes,) habremos escrito en el libro de nuestra historia, la primera página digna de ser leída.

Tengamos paciencia para no cansarnos nunca de trabajar en la propaganda del espiritismo; los iniciados en la verdad suprema tenemos un deber sagrado en decir á las multitudes:

—No os desesperéis! la vida no tiene término, el progreso es indefinido, ¡nunca acabarán los mundos! siempre habrá soles que darán vida al universo ¡siempre Dios será la fuerza motora que mantendrá el movimiento y la renovacion continúa de la naturaleza!

Siempre los espíritus irán ascendiendo por sus virtudes, obteniendo lo que es justo.

Amor, el que haya amado.

Gloria, el que se haya complacido en glorificar á otro.

Riqueza al que haya procurado enriquecer á su prójimo.

Instruccion, al que se haya sacrificado por instruir á los ignorantes.

¡Cuán grande es la vida en su origen!

¡Cuán espléndido su porvenir!

¿Hay algo mas consolador que el progreso indefinido?

Si la paciencia nos induce á progresar, ¡bendita sea esa virtud! Ella es la estrella polar que nos guía y nos salva de los innumerables escollos que hay en el mar turbulento de la vida.

¡Paciencia! ¡tú eres la melancólica sonrisa de los infortunados!

¡La que apartas del abismo á los suicidas!

¡La promesa bendita del infinito!

**Amalia Domingo Soler.**

A mi distinguida hermana y amiga Srta. Amalia Domingo y Soler

## **SER FELIZ.**

Felicidad; sueño dorado tras el cual corre el hombre incesantemente; cuán pocos llegan á vislumbrar tus reflejos en este planeta!

Allá en nuestros juveniles años creímos que tu morada seria el palacio de los potentados, el nido donde dos seres enamorados se albergaban ó el gabinete donde el hombre arrancaba á la ciencia sus secretos, y nuestro afán era convencernos de cual era el sitio donde tú te escondias al parecer á nuestra mirada.

¡Mas cómo se han desvanecido estas ideas en nuestro cerebro!

Un detenido estudio de la Humanidad nos ha hecho comprender que la felicidad, ni es patrimonio de los ricos, ni privilegio de los enamorados, ni compañia inseparable del sábio; que su suave perfume, sin estar adherido á ningun ser, porque nuestro mundo ni nuestro organismo reúnen bastantes condiciones para albergar la felicidad, puede penetrar lo mismo en el asilo del mendigo que en el palacio del potentado; lo mismo puede estar con el sér más mimado, como con el que al parecer viva mas solo en la tierra, porque la felicidad ó la desgracia la formamos nosotros mismos.

Si nos fijamos en los goces que proporciona la fortuna creyendo hallar en ellos la dicha, vemos individuos que se pasean en mullido carruaje rodeados de amigos que le conducen al teatro, al baile, á la tertulia, etc., etc., sitios donde se lucen las galas, donde brilla el talento, donde los acordes de la música hablan al alma y al llegar á su morada, dejar con desdén su hermoso traje y pasear en torno la mirada como buscando algo, algo sin nombre que no aciertan á definir.

Si en alas de nuestro deseo observamos una jóven pareja en cuyo cielo parece no haber la más ligera nube, á poco vemos que, ó bien los celos enturbian su dicha, ó la muerte corta el hilo de una de aquellas existencias, ó el olvido de uno hace una victima del otro.

Si penetramos en el hogar doméstico, vemos á la mujer quejarse del desvío del esposo, ó de las impertinencias de los niños, ó de la miseria que los rodea ó de las enfermedades que no los abandonan; y otras veces al marido quejarse de la torpeza de la mujer, del mal carácter de los hijos, de las exigencias de la sociedad, etc., etc.

Si nos acercamos al sábio, le vemos cuando por un momento separa la mirada de sus libros, buscar en torno de sí algo que presiente y no encuentra, volviendo á abismarse en el estudio para acallar la voz del alma, y así en todas las esferas, salvo algunas escepciones, hallamos el descontento que trae el desaliento, y éste la indolencia, el hastío de sí mismo, que conduce á los más graves males, llevando al hombre á veces hasta el crimen, poniendo cada vez más distancia entre él y el ideal que persigue.

Pocos son aún los séres que en nuestro mundo buscan la felicidad en sí mismos y este es el motivo porque corriendo tras ella nos alejamos más cada vez. ¡Cómo hemos de hallarla si la dejamos en casa para buscarla en la agena!

La falta de armonía en nuestras tareas y en nuestros goces, nuestra falta de tolerancia, nuestro orgullo, nuestra presuncion, nuestra ignorancia que es la que engendra los demás males citados; ¡he ahí los motivos de que no seamos felices! y como todos estos defectos residen en nosotros por nosotros mismos, es lógico que solo de

nuestra voluntad depende, gozar ó no la parte de dicha que en todas las esferas y aún en medio de las más rudas desgracias, puede el hombre disfrutar en la tierra.

\*  
\* \*

Las muchas familias que hemos tratado en nuestra peregrinacion en la tierra, han confirmado nuestra creencia de que, la dicha ó la desgracia son nuestros propios hijos, y aunque á veces vemos seres que sufren al parecer sin causa, nos basta volver al infinito los ojos, recordar la popular Doctrina de la pluralidad de existencias, para hallar fácil respuesta á nuestras preguntas.

Mas sin profundizar la filosofía, sin buscar en nuestras pasadas existencias lo que aún nuestra vista material no alcanza, y que solo acatamos porque la razon y la lógica nos lo dictan, estudiemos en la familia que es el gran libro de la humanidad.

Los hombres más grandes, las más esclarecidas inteligencias rinden culto al hogar doméstico y le proclaman como puerto de bonanza en la vida donde tienen cabida los goces más puros, donde nacen y crecen los afectos más tiernos.

Nosotros que opinamos de igual manera, porque nuestro hogar es nuestro mundo en miniatura, porque en él hallamos lo que responde á nuestras necesidades corporales y espirituales, creemos sin embargo, que el hogar no lo forma solo la congregacion de la familia, sino que, doquier lata un corazon que ame, un alma sensible, un pecho generoso, allí está el hogar, aún cuando sea en medio del desierto; porque aquel corazon hará latir otro corazon, aquella alma atraerá otras almas, y esta union, esta afinidad de ideas, es en nuestro concepto lo que constituye el hogar doméstico.

Hace algunos años conocimos un caballero francés, hombre rico y no tonto, honrado y trabajador.

A este individuo que no me parecia egoista, todo le sobraba; tenia buen corazon pero no buscaba al necesitado, de modo que en su morada se desperdiciaba lo que hubiera sido bastante para muchas familias que gemian en su derredor.

Pasaba el tiempo y nuestro caballero seguia el mismo método de vida y su capital acrecentaba con sus negocios.

\*  
\* \*

La sociedad le abria sus puertas, sus amigos le festejaban, y así transcurrió año tras año y la vejez principió á dejar en su rostro su huella.

Varias veces en sus conversaciones íntimas aconsejaba á un amigo suyo que lo era nuestro tambien, que formase familia, que se uniese á una jóven que él galanteaba en aquella época y que hoy es su esposa, y sin embargo, parecia que él amaba su fortuna sobre todas las cosas.

Mas tarde este individuo que nos ocupa, sin duda hastiado de su soledad doméstica, principió á embriagarse y poco á poco este vicio le condujo á cometer muchos otros excesos.

Algunos de sus amigos le volvieron la espalda, otros aprovechaban su embriaguez para sacarle oro, la sociedad se burlaba de él, y pocos se ocupaban de apartarlo del abismo en que poco á poco se iba sumiendo; por último, enfermó de una parálisis que poco á poco le fué dejando sin movimiento, y en sus últimos dias, sin poder ya articular frase alguna y rodeado de sirvientes mercenarios, llenas de oro sus arcas, murió casi de hambre y en el mayor abandono, recogiendo sus bienes seres que, quizá ni los más débiles lazos de afecto les ligaban á él.

\*  
\* \*

Y ¿quién, quién sino este mismo sér hizo crecer en su derredor la desdicha? El que vientos siembra justo es que recoja tempestades, y así, el que vivió entregado

solo á los goces del metal, en su lecho de muerte solo encontré sirvientes interesados en su pronta muerte para repartirse su herencia.

\*  
\* \*

Hemos tenido intimidad con un matrimonio que reunia todas las condiciones para ser feliz.

Se casaron enamorados, su trabajo les producía con que vivir cómodamente, apreciados de la sociedad, amados de sus respectivas familias y con una mediana educación para poder apreciar lo bueno y desechar lo malo ¿qué les faltaba para ser dichosos? Nada y todo.

Julia, que este era su nombre, fué de niña muy mimada, y de esposa quería continuar con sus caprichos; y sin ser coqueta, siendo hacendosa y recatada ha roto en mil pedazos la dicha de toda esta existencia suya. ¿Cómo? por su intolerancia. Sin querer condescender á los caprichos de su esposo ¡qué cuál será el ser que no los tenga siendo como somos aquí tan imperfectos! y deseando ver los suyos satisfechos sin graves motivos y solo por pequeñeces, ha ido tronchando una á una las flores de su ventura.

Santiago, de carácter un tanto brusco, aunque la intimidad con que le tratamos nos dió la convicción de que él por amor á su esposa y por la tranquilidad de su hogar hubiérase siempre dominado, á veces dejóse arrastrar de la ira, repitiéndose entre ellos los lances más desagradables.

Muchas veces tuvimos ocasion de indicar á Julia su inconveniente manera de proceder para con su marido y siempre nos ofrecía enmendarse, pero á tal extremo llegaron, que una noche, Santiago nos comunicó su propósito de huir lejos, donde nadie supiera su paradero.

Pero á la vez consideraba lo espuesta que quedaba su mujer, primero á la maledicencia que en casos idénticos se ceba siempre en la honra, y después quizá á cometer faltas graves por despecho ó por necesidad, y esta idea desbarataba sus planes, lo que nos hacía comprender que en su alma no se había extinguido el amor á su compañera.

Varias veces hablamos mi amigo y yo sobre este delicado asunto, y aunque nosotros no concebíamos esperanzas de cambiar aquella triste situación, alimentábamos en él la idea de que quizá ó la experiencia que viniera con los años, ó el temor de perder su cariño ó el nacimiento de un pequeñito que estrechara los lazos de su unión, podrían cambiar favorablemente el carácter de Julia. Pero los años transcurrían, y su hogar estaba yerto, y era insoponible la tragedia de su vida.

Nosotros veíamos un abismo abierto á los piés de aquel matrimonio á cuyos miembros nos ligaba una amistad sincera, cuando un domingo, no lo he olvidado aún, vimos llegar á Santiago sonriendo como nunca, sorprendiéndonos con la inesperada nueva de que en breve sería padre.

Aquel niño fué aguardado cual la venida de un Redentor, tornó á arder en aquella morada la casi estinguida llama del amor, y por algunos meses creímos que el sol de la felicidad reflejaba en aquel pequeño grupo de seres queridos: mas en breve nos convencimos que lo único que de cierto allí había era la tolerancia del esposo por la alegría de la paternidad y por ver en Julia la madre de su hijo.

Un segundo ser vino á llamar á su hogar y dos años más tarde sus padres se separaban públicamente.

Santiago es joven, ha vivido solo al lado de su esposa ¿qué extraño tiene que hoy otra mujer reciba sus caricias?

Julia cuida de sus hijos, mas ¿qué porvenir aguarda á estos niños? por de pronto

crecen sin la sonrisa y el amparo de un padre y ¿quién sino la intolerancia de su madre es causa de ello?

Para ser feliz, sea cual fuese nuestra posición, lo primero que debemos hacer es amar, amar mucho, amar á todos los seres, procurar que cuanto hagamos reporte en bien de alguien, pues el vivir dominado por un solo amor y trabajar solo en favor de un pequeño grupo de seres, desarrolla en nosotros el egoísmo y ofusca nuestra razón, produciendo en nosotros una fiebre, una alucinación, que no nos deja ver nada más allá del círculo que nos rodea. Por tanto, evitemos estas crueles enfermedades, encaminando nuestros trabajos todos al bien general, sin aislarnos jamás, sin fanatizarnos con nada, pues todos los fanatismos coartan al hombre la libertad de obrar.

Deamos cabida en nuestro corazón á todos los amores, amemos á las ciencias, porque ellas nos enseñan á amar á Dios dejándonos entrever su grandeza; amemos el trabajo, que nos proporciona los medios de subsistir y da á nuestro cuerpo vigor; amemos el arte que sublima nuestros sentimientos; amemos la familia que es el lazo con que estamos ligados á la Humanidad y amemos á esta porque es el lazo que nos une al creador. Y suponiendo que la fortuna no nos sonríe, que no tengamos ni familia ni hogar ¿dejaremos de ser amados por alguien? No: y mientras un rayo de amor caliente nuestro corazón, hay felicidad para el hombre en la tierra.

Así pues, ni seamos pesimistas ni corramos tras de dichas ilusorias, miremos con los ojos del alma más allá, más allá, dejemos volar nuestra alma en alas del deseo de la perfección, lejos, muy lejos, pero conformémosnos con nuestro estado actual, no desperdiciemos las horas de dicha que la vida nos brinda en cualquier esfera que nos encontremos, pues ellas son rayos de sol que nos dan vigor para caminar en busca de la verdadera felicidad, la cual hallaremos á medida que vayamos desprendiéndonos de nuestros vicios.

Nos admira á veces ver en el rostro del pobre ciego que implora la caridad, ó de la viuda desamparada que con afán gana el pan para sus hijos, ó del anciano enfermo, ó del niño huérfano y abandonado, un rayo de luz, un reflejo de felicidad, y no pocas veces hemos oído decir á personas opulentas: «son felices porque están acostumbrados á sufrir, porque no han conocido otra cosa mejor.» Pues no es cierto, nó, muchos de esos seres que hoy carecen de todo, ayer nadaban en la abundancia, y ¿sabéis por que en medio de la miseria y de la horfandad aún hay dicha para ellos? Porque aman, porque esperan: porque saben, porque sienten, que «hay muchas moradas en la casa del Padre; que hoy recogemos el fruto que sembramos ayer en «tras existencias y sembramos para recoger en la eternidad.»

SIMPLICIA A. DE RAMÚ.

Ponce Mayo de 1889.

## PENSAMIENTOS.

La vergüenza, nunca fué el orgullo.

El hambre no tiene ley en la tierra.

Con los crímenes de la confesión, se encendieron las hogueras.

Dadme una humanidad con quien luchar, y no me deis á guardar un secreto.

Cuando se vive de las apariencias, la vida es un abismo sin fondo.